FERIA DE COLORES

Con la vida en las letras

Eduardo Villegas Guevara

Eduardo Villegas Guevara

Mete la mano en el bolsillo y encuentra las monedas que aseguran su diversión. Los juegos mecánicos llenan de colores sus ojos. El trenecito lleva pocos pasajeros. El dragón sube y baja devorando el aire de los volcanes. La rueda de la fortuna lo espera, pero él prefiere adquirir una nube rosa que le inunda la boca con su dulzura. Enseguida sacia el hambre con un elote cubierto de mayonesa, queso y chile. Las manzanas rojas aparecen ante su vista y ponen a prueba la fortaleza de los dientes. Cruje el caramelo, muerde la fruta y come. La lengua concluye su faena y el estomago queda harto. Por fin intenta subir al dragón y el monstruo lo mira con tristeza porque sus bolsillos están vacíos. La música y los rechinidos no apagan la alegría; al contrario, acrecientan la gritería en torno a los juegos. Sin dinero, se acerca a la temeraria alegría de otros chiquillos. Son ágiles y se cuelgan de un juego para volar unos cuantos metros. Él se anima, pues sabe que tiene la fuerza necesaria en los brazos. Allá va, disfrutando de un vuelo gratis. Caída perfecta y diversión gratuita. Su sonrisa crece mientras toma turno detrás de los demás. El dominio parece total en la segunda ronda. Vuelve a la fila. Ahí va colgando con las piernas por delante. Sin embargo, la desgracia se le atraviesa en el recorrido. Se le aflojan las manos y la caída se repite varias veces. Se raspa codos y rodillas y le queda una marca en la frente. Los demás chiquillos lo observan dispuestos a reírse cuando suelte el llanto. Él mira los juegos que siguen girando y decide no darles gusto. Entonces se levanta y se forma de nueva cuenta en la fila de los paseos gratuitos. Se olvida del porrazo y mira las luces coloridas de la feria: ese mundo que no sabe parar.

JARDÍN DE NIÑOS

El jardín de niños tiene una reja pintada de colores. La puerta se cierra a las nueve, pero se abre varias veces para recibir a los retrasados. Algunos pequeños llegan temprano y aprovechan los columpios y el sube y baja. Las clases inician cuando suena una pequeña campana, indicando que pasen al salón.

Los lunes realizan la ceremonia cívica. Quiénes llegan tarde, se quedan afuera porque el homenaje no debe interrumpirse. Saludan a la bandera que porta una escolta chiquita y entonan el Himno Nacional. Los más pequeños apenas se están aprendiendo la letra, pero, como ya se saben la tonada, la tararean con emoción. Después del desayuno, salen al recreo. Tiempo de carreras, gritos, abrazos y juegos en grupo. Luego vuelven a trazar vocales y consonantes con gran esfuerzo. En cada salón se oyen las pre-